

mos llamar el mes del Rosario de María, que manda recitar con solemnidad, hasta que la sociedad cristiana hondamente perturbada vuelva al cauce natural, que á la humanidad redimida abrió el Hijo de Dios; proclama á la celestial Señora Reina del sacratísimo Rosario, mandando que con esta advocacion sea saludada al cantarse las letanías lauretanas; y por último, en el presente año de 1886, promulga un Jubileo extraordinario, que coloca bajo la proteccion de María del Rosario, y con cuyo anuncio quiso solemnizar la fiesta del Rosario de Octubre último, pues en sus primeras vísperas lo participó al pueblo cristiano.



CAPÍTULO III.

Simbolismo del Rosario.

EL nombre rosario significa lugar plantado de rosales, y acaso tambien ramillete de rosas. Esta flor tiene una expresion delicada y profunda; por lo cual, lo mismo los Profetas divinamente inspirados, que los poetas en los raptos de iluminacion natural de su fantasia, se han servido de ella para hacer sensibles y manifiestas las ideas más elevadas y nobles. Salomon compara la eterna sabiduria del Padre celestial al rosal que crece en Jericó, y á los rosales plantados junto á las corrientes de las aguas; y para ponderar á un personaje ilustre del Antiguo Testamento, dícele que es glorioso como la radiante rosa de primavera. La Iglesia aplica todas estas expresio-

nes á la bienaventurada Virgen María, verdadera Reina de las flores, Virgen de las vírgenes, única hermosa entre las hijas de Eva, y que como la rosa brota de una planta llena de espinas, esto es, de la humanidad pecadora.

Sapho, la infeliz poetisa pagana, decia que si Júpiter hubiese querido dar reina á las flores, la rosa lo hubiese sido; porque es, añadia, adorno de la tierra, honor de las plantas, el ojo de las flores, ruboroso carmin del prado y radiante hermosura que exhala amor. Mas la poesía cristiana encontróse con la rosa purificada de toda sensualidad por el mismo Dios, que hizo de ella, muchas veces, medio de expresion de ricas y sobrenaturales virtudes y bellezas. A santa Cecilia, vírgen y desposada á la vez, y que despues derramó la sangre por Jesucristo, apareciósele, estando con Valeriano su esposo, un Angel del cielo entregando á los dos purísimos esposos una corona de rosas; á santa Dorotea, un niño desconocido que apareció maravillosamente en la hora de su martirio, le dió tres preciosísimas rosas como palma victoriosa de su casto triunfo; y de todo el pueblo cristiano es sabido que de las gotas de san-

gre de san Francisco de Asis, revolviéndose por un zarzal para conservar limpio su cuerpo, brotaron los rosales que aún hoy dia producen hermosas rosas, que piadosamente contemplan y recogen los peregrinos de Asis.

La rosa es flor de exquisita fragancia; y la virtud cristiana es tambien aroma delicioso: para significar que en nosotros debe resplandecer la santidad de Cristo, decia el apóstol san Pablo (1) que éramos el buen olor de Cristo, y al cantar Salomon (2) los místicos amores de Jesús con su Esposa la Iglesia, ponía en boca de ésta aquellas palabras: *Correremos al olor de tus aromas*; es decir, de tu santidad, de tu dulzura, de tus virtudes. De varios Santos leemos, entre ellos san Felipe Neri, que conocian la pureza de los otros por una especie de olor sobrenatural, y el vicio contrario por un hedor que les mortificaba en gran manera. Hé aquí porque la más pura de las criaturas debió ser personificada en la flor de más delicada fragancia, saludando la Iglesia á María bajo

(1) II Cor. II, 19.

(2) Cant. I, 3.

la poética advocacion de Rosa mística. El pueblo cristiano conoció perfectamente la misteriosa analogía entre esta flor y la Madre de su Salvador y Redentor, y se la consagró á su obsequio; y áun aquel gran poeta de la Religion cristiana, Alighieri, comprendió tan perfectamente la hermosura de la rosa, que al imaginarse con su profundo ingenio el lugar de los Bienaventurados, fingióse el cielo en forma de una inmensa y maravillosa rosa, cuyo centro era nuestro Señor Jesucristo; por lo cual la hermosísima Reina del paraíso, belleza sin mancha como canta la Iglesia, es tambien con propiedad llamada Rosa, porque en sí comprende la esencia de todas las santidades que en María resplandecen con destellos divinos, porque en ella habita el principio, germen y foco de toda santidad, el Santo de los Santos, el mismo Dios.

La rosa es producida por una planta ruda, espinosa, silvestre; tan suave flor nace de un tronco que ensangrienta á quien lo toca; María, la preciosa rosa del jardin divino, procede del linaje de los pecadores, de la planta espinosa de la humanidad, planta que quedó ennoblecida despues que produjo á

esta divina Reina de la hermosura. El gran misterio de la Inmaculada Concepcion de María, es decir, el portento de un árbol carcomido que echa una rama sana, de un vástago puro que brota de un linaje corrompido, está perfectamente simbolizado en la rosa que florece en los crueles tallos del rosal silvestre. Por esto los poetas cristianos de la Edad Media, que eran poetas teólogos, ó mejor dicho, vates divinos, cuya inspiracion venia de lo alto y cuyo espíritu era fecundado por las odoríferas auras de la celestial contemplacion, se valian con preferencia y con gran sentido teológico y poético de este simbolo. Así, Sedulio decia:

Cual de la zarza rosa purpurina
de Judea nació Virgen divina.

Y Adan de San Víctor, autor de varias prosas rítmicas en honor de los principales misterios de María santísima, en la más hermosa de ellas, dedicada á su Asuncion gloriosa á los cielos, escribe la siguiente estrofa llena de dulce y expresiva uncion:

Salve, Madre sagrada del Verbo,
rosa sin espina,
gloria del rosal.

Tus espinas son nuestros pecados
pues eres la rosa
de nuestro zarzal.

En el orden físico, es decir, entre las cosas materiales, el objeto más hermoso y agradable es la flor, y por aclamación universal de todos los pueblos la rosa es la reina de las flores: en el orden espiritual, es decir, entre todo lo que brota de la fecunda alma humana, lo más precioso, dulce y divino es la oración, verdadera eflorescencia del conjunto de las humanas facultades, y de todas las oraciones que se han dirigido á María es reina la que el Arcángel san Gabriel, postrado ante la Virgen, pronunció por encargo del mismo Dios, al decirla lo que ahora todo el pueblo cristiano conoce con el nombre de salutación angélica. Cuando santo Domingo ordenó el salterio mariano, ó sea el Rosario, ofreciendo á María las ciento cincuenta *Ave Marias* de que consta, como el salterio de David tiene igual número de salmos, aquellas santas oraciones no podían ser figuradas

materialmente de una manera más propia que por la rosa, y á la reunión de ellas, al conjunto formado con arte verdaderamente divino, al ramillete resultante, de derecho le tocaba el nombre de rosal ó de corona de rosas, con la cual se coronase la augusta frente de la celestial Princesa. Así la naturaleza física y la moral contribuyen á la gloria, pagan tributo á la excelsa criatura que es un prodigio en el orden de la naturaleza y en el de la gracia; acá en la tierra adornamos las imágenes de María en las iglesias y en nuestras casas con las rosas de nuestros jardines; y á la celestial Señora, sentada en la gloria en más alto trono que ninguno de los bienaventurados, enviamos los místicos saludos, los amorosos besos, según la expresión de san Bernardo, de las *Ave Marias*, que salen de lo más hondo de nuestro corazón. El erudito P. Mamachi, al tratar de los orígenes del Rosario, trae unos versos, compuestos en el tiempo de la aparición del mismo por un poeta de Aquitania, en los que se pinta á santo Domingo auxiliando á los guerreros que peleaban por la fe, en la iglesia en profunda oración á María santísima, tejiéndola coronas de rosas y presen-

tándolas á Aquella que más tarde fué llamada Auxilio de los cristianos.

Las rosas han de ser del agrado de María. Algunos pueblos antiguos tenían la superstición de creer que estas flores poseían virtudes sobrenaturales; que por ellas la Divinidad obraba prodigios. Lo cierto es que la Iglesia católica, por ministerio de los frailes de santo Domingo, las bendice y las entrega á los fieles cristianos para que les sirvan de auxilio en las enfermedades del cuerpo, sean talisman para alcanzar las virtudes, y medio de ahuyentar las pestilentes insinuaciones diabólicas. ¿Qué tiene de extraño que la Divinidad prefiera, y hasta escoja, para manifestar su benéfico amor á las criaturas mundanas, una de las formas más graciosas y perfectas que le plugo producir sobre la tierra? Pero si las olorosas rosas que brotan de la planta son agradables á Dios y á su Madre santísima, mucho más les recrea el suave perfume de la oración del *Ave María*, que sale de un corazón humilde. Las tentaciones más violentas ceden, las pasiones más pertinaces se disipan, y las tristezas más profundas se desvanecen, cuando el cristiano pronuncia con devoción y constancia la sa-

lutación angélica. Por esto santo Domingo, con inspirada maestría, pone en cada misterio un *Padre nuestro* y diez *Ave Marias*, como quien confía á la bondadosa mediación de la Madre de los pecadores el pronto despacho de las súplicas antes formuladas. Ríndese María infaliblemente á la voz del hombre que la saluda con las palabras del Arcángel san Gabriel.

Pero cada decena comienza con un *Padre nuestro*, porque esta es la oración típica, eterna é infalible. Cristo es el fundamento de la ley de gracia, del nuevo orden de cosas que ha de durar hasta la consumación del mundo; la oración dominical que Él nos enseñó es también fundamento del orden de la gracia, siendo la expresión más adecuada de las relaciones entre el Criador y la criatura. Por esto se dice un solo *Padre nuestro*, porque el fundamento sólo puede ser uno; es la base de toda la construcción, y ésta obtiene la solidez porque se apoya en el fundamento, que queda oculto en el suelo, mientras los lienzos de pared y los techos deleitan la vista, y prestan las utilidades debidas.

De otra parte nuestra oración recibe toda

su eficacia de Cristo, y aún podemos decir que Él es propiamente el único, como cabeza de la humanidad, que tiene acceso al trono del Eterno; por esto nuestra oracion ha de ser la suya, por lo cual repetimos sus palabras, y nuestras súplicas son idénticas á las suyas; y al dirigir nosotros á Dios la oracion del *Padre nuestro*, podemos decir que es Cristo quien se la dirige, porque en su nombre la rezamos; y no por atrevimiento nuestro, sino por potestad que de Él hemos recibido, presentamos el memorial de nuestras necesidades en el mismo trono del Altísimo.

Conviene entonces que la Virgen, todopoderosa por gracia, apoye nuestras súplicas, por lo cual la saludamos con diez *Ave Marias*. El número diez tiene una misteriosa significacion y un elevado empleo, en las relaciones entre el Criador y la criatura. La ley divina está contenida en diez artículos, como el arpa ó salterio de David tenia diez cuerdas. María es la verdadera Arca de la Ley, ya que guardó en sus entrañas, no las tablas en que estaba escrita, sino el mismo Autor y Consumador de la ley, Cristo Dios. Es tambien el arpa misteriosa de las

divinas alabanzas: nunca el Señor ha sido más glorificado que por María, la Reina de los Apóstoles, por lo que toca á la difusion de la fe; la Reina de las Vírgenes, en cuanto al aumento de las más excelsas, difíciles y bellas virtudes cristianas.

Los lugares en que el Señor es más glorificado, en que por más largos siglos arde el fuego sagrado de la piedad cristiana, enviando de continuo al cielo el suavísimo incienso de la oracion, son los santuarios de María. Prueba de ello son en nuestra patria, entre otros, los celebérrimos templos del Pilar de Zaragoza y de Nuestra Señora de Montserrat: á generaciones de robustísima piedad han sucedido generaciones de una vida espiritual sumamente débil, y no obstante, la divina alabanza es siempre allí igualmente vigorosa, como si el manto de María protegiese el sagrado fuego de la devocion, de las causas mundanas que tienden á apagarlo. Lo que decimos de España debe repetirse de todas las naciones de la tierra; aún los pueblos orientales, abandonados á sí mismos por la duracion del cisma que los separó de la verdadera Iglesia de Jesucristo, son una irrefragable prueba de

que María, el arpa viva de las alabanzas divinas, el místico salterio de las diez cuerdas, mantiene la piedad en aquellos que se acogen bajo su manto protector. Las clases populares del Oriente cismático poseen una viva fe y una piedad dulce y profunda; estas virtudes persisten en aquel abandonado campo de la heredad de Cristo, por el influjo de la devoción á María santísima, cuya imagen no sólo adorna sus iglesias, sino que hermosea las calles de sus ciudades, y ante Ella no deja nunca de hacer profunda reverencia el atareado transeunte. Los que podríamos llamar pintores bizantinos contemporáneos, pintan los cuadros de la Virgen María con la misma devoción que sus antepasados en el arte; resplandece en la cara de Nuestra Señora la majestuosa quietud de la felicidad celestial, de la posesión del Bien inamisible, porque el alma de aquellos cismáticos artistas vibra aún al influjo de la devoción á María. Esta divina Reina acaudilla, pues, y alienta á todo el coro de los que alaban al Señor, porque nadie como Ella ha sabido alabarle; su cántico del *Magnificat* es la expresión más admirable de la alabanza que la criatura debe á su Criador,

por lo cual su Corazón, más que el salterio ó arpa de David, es el símbolo de la encendida y suavísima oración cristiana.

El Rosario está dividido en tres partes. Todo, tanto en la naturaleza divina como en la humana, presenta el número tres; por esto decían los antiguos sabios que el número tres es perfecto; y en realidad, así como es la manifestación de la vida en el Sér eterno é infinito, así también en la creación encuéntrase en todos los seres, como el misterioso vestigio de su procedencia divina. Todo se resuelve en principio, medio y fin; y así lo vemos también de una manera admirable en la vida del Hombre-Dios. Los misterios de gozo son el principio de la vida terrena, la manifestación de Dios en el mundo, la aparición del Sol del amor divino en el horizonte humano; aquellas escenas son suaves y tiernas, por lo cual la poética piedad de los hijos de María simbolizó los misterios gozosos en las rosas blancas. Los misterios de dolor son ya el medio, la realización de la empresa, el cumplimiento de la misión que traía el Hijo Dios, la rehabilitación del hombre por el amor; en ellos contemplamos el Sol de la caridad en su ze-

nit, hiriendo con sus perpendiculares rayos y hasta asando, según la expresión de los himnos eclesiásticos, el Cordero divino, que como víctima expiatoria debía con su sangre purísima rociar y purificar el mundo. Por esto el emblema de los misterios dolorosos son las rosas encarnadas. El enamorado san Bernardo ya cantó dulcemente las rosas de la Pasión de Cristo, en un piadosísimo ritmo, algunas de cuyas estrofas trasladamos aquí:

Á LAS MANOS.

Salud, oh manos sagradas,
De frescas rosas colmadas,
Que á estos ramos adheridas
Y con hierro agudo heridas
Sangre pura derramais.

.....

AL COSTADO.

Salud, oh suave abertura,
De do mana sangre pura;
Puerta espaciosa y profunda
Más que rosa rubicunda,
Medicina de salud.

.....

AL CORAZON.

Ábrete seno adorable,
Rosa de olor admirable;
Y mi corazón unido
Al tuyo, de amor herido,
¿Qué puede ya padecer?

.....

La última parte, ó sea los misterios de gloria, son ya el fin de la misión divina de Cristo en la tierra, la divinización de la naturaleza humana, la sublimación de la estirpe de Adán y la humillación y ruina del diabólico tentador y sus secuaces; es, pues, el triunfo, la gloria, la situación definitiva y permanente; es, según la figura del Evangelio, que el grano de trigo, Cristo, arrojado al suelo, para que se pudriese en su pasión y sepultura, sale de la tierra de su sepulcro convertido en llena y fragante y dorada espiga, es que el oro de la caridad divina se ha difundido por los corazones de los hijos, por medio del Espíritu Santo, que el Redentor nos mereció y nos envió. Por esto las rosas amarillas están consagradas á los misterios gloriosos.

Los misterios ó pasos que se contemplan en cada una de las tres partes del Rosario son cinco, número sagrado para los cristianos, eterno recuerdo de las llagas del Salvador, cuya memoria es siempre dulce, santa y saludable. De aquellas cinco milagrosas fuentes brotan las aguas de la gracia, que purifican el mundo; nuestros cinco sentidos son como el principio de la infección moral de nuestro sér, todos ellos están corrompidos, la culpa de Adán los torció miserablemente; mas las cinco llagas de Cristo les restituyen la primitiva rectitud, les purifican y santifican, y hacen de ellos no instrumentos de perdición, sino medios de santificación y glorificación del hombre.



PARTE SEGUNDA.

MATERIA DEL ROSARIO, Ó ELEMENTOS DE QUE CONSTA.

CAPÍTULO I.

La señal de la cruz.

CMPEZAMOS el Rosario haciendo sobre nuestro cuerpo la señal de la cruz. El místico Rosal tendió por primera vez sus ramas sobre el palo de la cruz, y allí florecieron las encarnadas rosas de las llagas de Cristo. El Rosario y la cruz están, pues, íntimamente entrelazados y viven jun-